

La formación de catequistas, ¿cómo atenderla adecuadamente?

Llega el mes de septiembre y suele haber una inquietud bastante común entre los párrocos, los delegados o responsables de la catequesis a nivel diocesano o arciprestal y está es: ¿qué hacemos este año con los catequistas?, ¿cuál puede ser nuestro tema de formación?, ¿cómo lanzar la propuesta?, ¿dónde incidir más?, ¿cómo hacer para que vengan?...

El tema ciertamente es complejo, cómo atender a los catequistas de *largo recorrido* y a los que llegan nuevos, cómo compaginar los distintos niveles de formación, de vida cristiana, de interés por participar, y cómo tener también presente que ellos a su vez imparten a distintos niveles en el proceso iniciático. Poner sobre la mesa todas estas variantes, sumándole la complejidad de horarios, de realidades familiares, etc. y querer darles a todos la respuesta adecuada no es nada fácil, es un arte y necesitamos que el Espíritu Santo nos ayude a tomar la decisión acertada.

Partimos de una certeza: El catequista necesita formarse.

Hoy, por el cambio social y cultural, no es suficiente la buena voluntad de la persona a la que le confiamos la transmisión de la fe de los niños o adolescentes que acuden a la parroquia para su proceso de iniciación cristiana o simplemente buscando completar la recepción de unos sacramentos.

Decía el Beato D. Manuel González que «la catequesis es el catequista». Tenemos un gran reto para que nuestros catequistas asuman tan gran responsabilidad, necesitan ser formados para responder a la llamada del Señor que, por medio de su Iglesia, les confía tan alta misión.

Emilio Alberich, con una larga y entregada vida a la catequesis y a los catequistas, nos comparte sus razones por las que hemos de seguir buscando cauces para la formación de los catequistas:

«Pero, ¿es necesario que los catequistas sigan formándose? Pues sí, aunque no lo parezca. Algunos podrán pensar que, con la experiencia

adquirida, no hay motivo para preocuparse. Y sin embargo, la catequesis de hoy está expuesta, cada vez más, a situaciones y problemas –algunos inéditos– que están pidiendo nuevas cualidades y una más esmerada preparación, incluso cuando se trata de niños pequeños. Concretamente:

- *El mundo en que vivimos* se presenta cada vez más complejo y sorprendente. Nos resulta difícil comprender e interpretar lo que está pasando en los medios de comunicación, en las familias, en la mentalidad de los jóvenes, en la misma Iglesia. Tenemos que actualizar nuestros conocimientos y buscar nuevas claves interpretativas para comprender el mundo actual.
- Muchos cristianos hoy, están pasando una verdadera y seria *crisis de identidad*. No saben concretamente lo que significa ser cristiano, no saben responder a preguntas tan elementales como: ¿por qué eres (todavía) cristiano?, ¿vale la pena serlo? Y creo que también los mismos catequistas pueden experimentar un cierto malestar en su modo de vivir la identidad cristiana. No es posible ir adelante sin tener las ideas claras.
- Los catequistas tienen la importante misión de comunicar el *mensaje de la fe*. Pero hoy este mensaje aparece plagado de puntos problemáticos que piden aclaración. Por ejemplo el modo adecuado de hablar de Dios; los interrogantes históricos que plantean los mismos evangelios; la manera de presentar: cielo, infierno, purgatorio; ángeles y demonios; la historia de la Iglesia con sus luces y sombras, etc. En muchos aspectos es posible notar un desfase –inquietante y problemático– entre las expresiones tradicionales de la fe y los valores y exigencias de la cultura actual.
- Y es necesario recordar, una vez más, la grave crisis que padece el *proceso de iniciación cristiana* en nuestra sociedad. Los sacramentos de nuestros chavales no inician, sino que concluyen. Se nos pide un cambio de mentalidad para saber aplicar –y no es nada fácil– una verdadera pedagogía de iniciación, que no se improvisa»¹.

Ahora acudamos directamente a la fuente del Magisterio a través del *Directorio General para la Catequesis* que nos dice en el n. 234:

«Cualquier actividad pastoral que no cuente para su realización con personas verdaderamente formadas y preparadas, pone en peligro su calidad. Los instrumentos de trabajo no pueden ser verdaderamente eficaces si no son

1 EMILIO ALBERICH, «Catequistas para una catequesis nueva», en CCS, 2012 pp. 18-19.

utilizados por catequistas bien formados. Por tanto, la adecuada *formación de los catequistas* no puede ser descuidada en favor de la renovación de los textos y de una mejor organización de la catequesis (cf. DCG (1971), n. 108a)».

Tras leer esto, uno se hace más consciente de lo que realmente está en juego a la hora de pensar y programar la formación de catequistas a nivel parroquial o diocesano. Merece la pena el esfuerzo, ofrecer cauces, ser creativos, intentar llegar a todos...

Continúa diciendo ese mismo n. 234b:

«En consecuencia, la pastoral catequética diocesana debe dar absoluta prioridad a la formación de los catequistas laicos. Junto a ello, y como elemento realmente decisivo, se deberá cuidar al máximo la formación catequética de los presbíteros, tanto en los planes de estudio de los seminarios como en la formación permanente. Se recomienda encarecidamente a los Obispos que esta formación sea exquisitamente cuidada».

Para que no nos quede ninguna duda, se le debe dar absoluta prioridad a la formación de los catequistas laicos. Los Obispos, primeros responsables de la catequesis, deben cuidar al máximo la formación catequética de sus presbíteros.

¿Cuál es la finalidad de la formación de los catequistas?

«La formación trata de capacitar a los catequistas para transmitir el Evangelio a los que desean seguir a Jesucristo. La finalidad de la formación busca, por tanto, que el catequista sea lo más apto posible para realizar un acto de comunicación.

Lo que ésta persigue no es otra cosa que lograr que el catequista pueda animar eficazmente un itinerario catequético en el que, mediante las necesarias etapas: anuncie a Jesucristo dé a conocer su vida, enmarcándola en el conjunto de la Historia de la salvación explique su misterio de Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros y ayude, finalmente, al catecúmeno o al catequizando a identificarse con Jesucristo en los sacramentos de iniciación (cf. CT, n. 5). En la catequesis permanente, el catequista no hace sino ahondar en estos aspectos básicos»².

Como leemos, la persona de Cristo debe estar en el centro de la vida de un catequista, comunicar su mensaje salvador, en esto consiste la

2 Cf. DGC, n. 235.

catequesis. Con palabras del papa san Juan Pablo II en *Catechesis tradende* n. 5 decimos: «El fin definitivo de la catequesis es poner a uno no solo en contacto, sino en comunión, en intimidad con Jesucristo».

¿Cómo atendemos esa formación cristológica?, por comentarios que escuchamos a nuestros catequistas, ¿no da la impresión que de Jesús ya lo saben todo?, ¿cómo hacer para que la persona de Jesús suscite novedad en su vida?

«El hecho de que la formación busque capacitar al catequista para transmitir el Evangelio en nombre de la Iglesia confiere a toda la formación una naturaleza eclesial. La formación de los catequistas no es otra cosa que un ayudar a éstos a sumergirse en la conciencia viva que la Iglesia tiene hoy del Evangelio, capacitándoles así para transmitirlo en su nombre.

Esta eclesialidad de la transmisión del Evangelio impregna toda la formación de los catequistas, confiriéndole su verdadera naturaleza»³.

La catequesis es de naturaleza eclesial, el catequista es enviado en nombre de la Iglesia, si el catequista no tiene una viva conciencia de ello corre el peligro de no hacer el adecuado anuncio del Evangelio, sino aquel que él considera oportuno. ¿Ayuda nuestra formación a tomar clara conciencia de que son enviados en nombre de la Iglesia?, ¿se siente nuestros catequistas piedras vivas de la construcción (1 Pe 2, 5) y con una gran responsabilidad de ayudar a otros a tomar esta clara conciencia?

A la luz del *Directorio General para la Catequesis* n. 237 vamos a tener en cuenta los criterios inspiradores de la formación de los catequistas:

- Se trata, ante todo, de formar catequistas para las necesidades evangelizadoras de este momento histórico con sus valores, sus desafíos y sus sombras. Para responder a él se necesitan catequistas dotados de una fe profunda, (DCG (1971), n. 114) de una clara identidad cristiana y eclesial (cf. GCM, n. 7) y de una honda sensibilidad social (cf. GCM, n. 13). Todo plan formativo ha de tener en cuenta estos aspectos.
- La formación tendrá presente, también, el concepto de catequesis que hoy propugna la Iglesia. Se trata de formar a los catequistas para que puedan impartir no solo una enseñanza sino una formación cristiana integral, desarrollando tareas de «iniciación, de educación y de enseñanza» (DCG (1971), n. 31). Se necesitan catequistas que sean, a un tiempo, maestros, educadores y testigos.

³ Cf. DGC, n. 236.

- El momento catequético que vive la Iglesia invita, también, a preparar catequistas integradores, que sepan superar «tendencias unilaterales divergentes» (CT, n. 52) y ofrecer una catequesis plena y completa. Han de saber conjugar la dimensión veritativa y significativa de la fe, la ortodoxia y la ortopraxis, el sentido social y eclesial. La formación ha de ayudar a que los polos de estas tensiones se fecunden mutuamente.
- La formación de los catequistas laicos no puede ignorar el carácter propio del laico en la Iglesia y no debe ser concebida como mera síntesis de la formación propia de los sacerdotes o de los religiosos. Al contrario, se tendrá muy en cuenta que su formación recibe una característica especial por su misma índole secular, propia del laicado, y por el carácter propio de su espiritualidad.
- Finalmente, la pedagogía utilizada en esta formación tiene una importancia fundamental. Como criterio general hay que decir que debe existir una coherencia entre la pedagogía global de la formación del catequista y la pedagogía propia de un proceso catequético. Al catequista le sería muy difícil improvisar, en su acción catequética, un estilo y una sensibilidad en los que no hubiera sido iniciado durante su formación».

Queriendo recoger las líneas principales de este número del Directorio tendríamos que plantearnos en nuestra formación de catequistas el cultivar una *fe profunda, una clara identidad cristiana y eclesial y una honda sensibilidad social*. Esto siempre desde su realidad de laico cuya teología a la luz del Concilio Vaticano II ha sido bastante estudiada, pero quizá no suficientemente dada a conocer. El catequista es al mismo tiempo *maestro, educador y testigo*. Esto enriquece la toma de conciencia de la responsabilidad que le ha sido confiada, no es solamente quien «sabe» unos datos y los enseña. El catequista debe ser *maestro* al estilo del único Maestro, Jesús; debe *educar*, es decir, *enseñar a vivir en cristiano* y esto no solo por medio de un contenido teórico, sino siendo *testigo*, partiendo de su propia experiencia de relación con el Dios que nos muestra Jesucristo con su vida, ese Dios al que podemos llamar «Padre nuestro» y que nos dice que amemos al prójimo como a nosotros mismos.

A continuación nos recoge el Directorio las dimensiones de la formación: el ser, el saber, el saber hacer en el n. 238.

«La formación de los catequistas comprende varias dimensiones. La más profunda hace referencia al *ser* del catequista, a su dimensión humana y cristiana.

La formación, en efecto, le ha de ayudar a madurar, ante todo, como persona, como creyente y como apóstol. Después está lo que el catequista debe *saber* para desempeñar bien su tarea. Esta dimensión, penetrada de la doble fidelidad al mensaje y a la persona humana, requiere que el catequista conozca bien el mensaje que transmite y, al mismo tiempo, al destinatario que lo recibe y al contexto social en que vive. Finalmente, está la dimensión del *saber hacer*, ya que la catequesis es un acto de comunicación. La formación tiende a hacer del catequista un educador del hombre y de la vida del hombre (cf. CT, n. 22d).

Nuestro acompañamiento a los catequistas en su día a día nos hace reconocer que a ellos lo que más les suele preocupar es el *saber hacer*. La pregunta, ¿qué tengo que hacer en la catequesis?, ¿qué tengo que hacer con los niños?, ¿cómo tengo que hacerlo? Experimentan mucha inseguridad cuando no tienen actividades concretas que ofrecerles a los niños, muchos de nuestros catequistas creen ser mejores catequistas cuanto más *entretenidos* tienen a los niños. Necesitamos con urgencia ayudar a nuestros catequistas a comprender que donde nos jugamos realmente que haya o no acto catequético es empezando por su *ser* de catequistas. Si una persona tiene una clara conciencia de su identidad de cristiano catequista, esta verdad impulsará su deseo de *saber* y de *saber hacer*. No así a la inversa. Uno puede dar catequesis y no ser catequista. Por ello, es importante que afiancemos en nuestros catequistas la dimensión espiritual, que forjemos la identidad de apóstol, de discípulo elegido por el Maestro para ser su amigo y es en la intimidad con Él donde su corazón descubrirá cómo anunciar y transmitir mejor a los niños, adolescentes, jóvenes o adultos que el Señor les ha confiado... el mensaje salvador, la Buena Noticia, la vida eterna.

Después de atender a su *ser* de catequista, acompañaremos su *saber* y también, por supuesto, su *saber hacer*, pero en este orden, primero gustando y después comunicando lo gustado.

Otro aspecto a tener en cuenta en la formación de catequista es el ir adquiriendo una madurez humana, cristiana y apostólica cada vez más clara, que le ayude a crecer en la libertad verdadera que le conduzca a un

«equilibrio afectivo, en sentido crítico, en unidad interior, en capacidad de relación y de diálogo, en espíritu constructivo y en trabajo de equipo. Se procurará, sobre todo, hacerle crecer en el respeto y amor hacia los catecúmenos y catequizandos: “¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo es el amor de un padre: más aún, el de una madre. Tal es el amor que el Señor espera de cada anunciador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia”»⁴.

4 DGC, n. 239a.

Ese equilibrio afectivo del que nos habla el Directorio es un factor a tener en cuenta hoy con mayor atención que quizá en épocas anteriores. El grupo de catequesis, o algún niño o adolescente en concreto, no debe ser objeto de satisfacer las carencias afectivas de un catequista. «Necesitamos catequistas cabales» decía D. Manuel Gonzales y esto referido a toda la persona.

«A su vez «la formación cuidará, que el ejercicio de la catequesis alimente y nutra la fe del catequista, haciéndole crecer como creyente. Cada tema catequético que se imparte debe nutrir, en primer lugar, la fe del propio catequista. En verdad, uno catequiza a los demás catequizándose antes a sí mismo»⁵.

¿Cuánto tiempo dedican nuestros catequistas a preparar el tema?, ¿les alimenta su propia fe?, ¿se dejan auto evangelizar?

Y por último «la formación alimentará constantemente la conciencia apostólica del catequista, su sentido evangelizador. Para ello, ha de conocer y vivir el proyecto de evangelización concreto de su Iglesia diocesana y el de su parroquia, a fin de sintonizar con la conciencia que la Iglesia particular tiene de su propia misión. La mejor forma de alimentar esta conciencia apostólica es identificarse con la figura de Jesucristo, maestro y formador de discípulos, tratando de hacer suyo el celo por el Reino que Jesús manifestó. A partir del ejercicio de la catequesis, la vocación apostólica del catequista, alimentada con una formación permanente, irá constantemente madurando»⁶.

Nos podemos preguntar: ¿Cuántos de nuestros catequistas conocen el proyecto de evangelización del plan pastoral de la diócesis?, a la luz de este, ¿hay proyecto concreto en la parroquia?, ¿cómo se plantea el tema de los procesos de iniciación cristiana? Hemos de ayudar al catequista a tener conciencia de ser parte de un todo.

Nos habla a continuación el Directorio de la importancia en la formación bíblico-teológica del catequista. Necesitamos que el catequista tenga un conocimiento orgánico del mensaje cristiano. Por ello, ha de conocer:

- «Las tres grandes etapas de la Historia de la Salvación: Antiguo Testamento, vida de Jesucristo e historia de la Iglesia
- los grandes núcleos del mensaje cristiano: símbolo, liturgia, moral y oración.

5 Cf. DGC, n. 239b.

6 DGC, n. 239c.

Por otra parte, la Sagrada Escritura deberá ser “como el alma de toda esta formación” (DCG (1971), n. 112). El *Catecismo de la Iglesia Católica*, será referencia doctrinal fundamental de toda la formación, juntamente con el Catecismo de la propia Iglesia particular o local»⁷.

Y esta formación bíblico-teológica debe reunir algunas cualidades:

- a. En primer lugar, es preciso que sea una formación de carácter sintético, que corresponda al anuncio que se ha de transmitir, y donde los diferentes elementos de la fe cristiana aparezcan, trabados y unidos, en una visión orgánica que respete la «jerarquía de verdades».
- b. Esta síntesis de fe ha de ser tal que ayude al catequista a madurar en su propia fe, al tiempo que le capacite para dar razón de la esperanza en un tiempo de misión: «Se revela hoy cada vez más urgente la formación doctrinal de los fieles laicos, no solo por el natural dinamismo de la profundización de su fe, sino también por la exigencia de dar razón de la esperanza que hay en ellos, frente al mundo y sus graves y complejos problemas» (Chl, n. 60c).
- c. Debe ser una formación teológica muy cercana a la experiencia humana, capaz de relacionar los diferentes aspectos del mensaje cristiano con la vida concreta de los hombres y mujeres, «ya sea para inspirarla ya para juzgarla, a la luz del Evangelio» (CT, n. 22). De alguna forma, y manteniéndose como enseñanza teológica, debe adoptar un talante catequético.
- d. Finalmente ha de ser tal que el catequista «pueda no solo transmitir con exactitud el mensaje evangélico, sino también capacitar a los mismos catequizandos para recibir ese mensaje de manera activa y poder discernir lo que, en su vida espiritual, es conforme a la fe» (DCG (1971), n. 112)⁸.

El Directorio, en este capítulo II dentro de la quinta parte, nos habla de la importancia de atender el empleo de las ciencias humanas en la formación de catequistas

«Es necesario que el catequista entre en contacto al menos con algunos elementos fundamentales de la psicología: los dinanismos psicológicos que mueven al hombre, la estructura de la personalidad, las necesidades y

7 Cf. DGC, n. 240.

8 DGC, n. 241.

aspiraciones más hondas del corazón humano, la psicología evolutiva y las etapas del ciclo vital humano, la psicología religiosa y las experiencias que abren al hombre al misterio de lo sagrado...

Las ciencias sociales proporcionan el conocimiento del contexto sociocultural en que vive el hombre y que afecta decisivamente a su vida. Por eso es necesario que en la formación de los catequistas se haga «un análisis de las condiciones sociológicas, culturales y económicas, en tanto que estos datos de la vida colectiva pueden tener una gran influencia en el proceso de la evangelización» (DCG (1971), n. 100).

Junto a éstas, no deben faltar especialmente la presencia de las ciencias de la educación y ciencias de la comunicación»⁹.

No se trata de ser especialistas en todas las materias, pero es importante tener un acercamiento al tema de la psicología evolutiva que me aporte herramientas para presentar lo más adecuadamente el tema de la fe, su contenidos, su lenguaje, su propuestas de vida... respondiendo a la realidad que vive el niño, adolescente, joven o adulto, dependiendo de la edad y del contexto social y cultura en el que nos encontramos. Un mismo tema, dependiendo del destinatario, puede ser presentado de una manera u otra y es responsabilidad del catequista tener claves que respondan a la realidad y, para ello, necesita adquirirlas en el trato personal con Jesucristo y en la formación.

También podríamos hablar de la importancia de la comunicación, saber comunicar no se nace, se adquiere, hay técnicas sencillas que pueden ayudar mucho para la transmisión de la fe.

Por último, contemplamos la formación pedagógica del catequista.

«Lo primero que hay que tener en cuenta en este decisivo aspecto de la formación es respetar la pedagogía original de la fe. En efecto, el catequista se prepara para facilitar el crecimiento de una experiencia de fe de la que él no es dueño. Ha sido depositada por Dios en el corazón del hombre y de la mujer. La tarea del catequista es solo cultivar ese don, ofrecerlo, alimentarlo y ayudarlo a crecer (cf. CT, n. 58).

La formación tratará de que madure en el catequista la capacidad educativa, que implica: la facultad de atención a las personas, la habilidad para interpretar y responder a la demanda educativa, la iniciativa de activar procesos de aprendizaje y el arte de conducir a un grupo humano hacia la madurez. Como en todo arte, lo más importante es que el catequista adquiera su estilo propio de dar catequesis, acomodando a su propia personalidad los principios generales de la pedagogía catequética (DCG (1971), n. 113).

⁹ Cf. DGC, n. 242.

El fin y la meta ideal es procurar que los catequistas se conviertan en protagonistas de su propio aprendizaje, situando la formación bajo el signo de la creatividad y no de una mera asimilación de pautas externas. Por eso debe ser una formación muy cercana a la práctica: hay que partir de ella para volver a ella»¹⁰.

Sabiendo con claridad que la pedagogía catequética debe ser constantemente iluminada por la pedagogía de la fe y que la tarea del catequista es cultivar el don con el que Dios nos ha primereado a todos, también a los catecúmenos o catequizando que tenemos delante, nos quedamos con la idea de que la catequesis es un arte, como buen artista el catequista debe adquirir su estilo propio pero sin olvidar su objetivo, llevar al encuentro con Dios. Es muy importante, y por aquí desea caminar la Iglesia hoy en lo relacionado con la catequesis, «procurar que los catequistas se conviertan en protagonistas de su propio aprendizaje, situando la formación bajo el signo de la creatividad y no de una mera asimilación de pautas externas» (DGC, n. 245).

La formación de catequistas ha de ayudar a cultivar este arte, ha de dar las herramientas e instrumentos que ayuden a nuestros catequistas a convertirse en verdaderos artesanos de la transmisión de la fe. La primera imagen que nos presenta el libro del Génesis sobre Dios con relación al hombre es que lo moldea del barro. Cuanto atractivo tienen hoy y como se valoran las cosas artesanales. El progreso de la industria ha sido importantísimo para el desarrollo y el avance del hombre, estamos en la época de la ciber-tecnología... Pero hay realidades humanas que no han podido hacer cambiar todos estos avances, por ejemplo la necesidad del amor de una madre y un padre para el desarrollo equilibrado del niño. Sigue habiendo muchas cosas importantes que la técnica no puede sustituir, el arte de la transmisión de la fe participa de esta realidad, seguimos necesitando catequistas artesanos que se formen adecuadamente y cultiven con pasión la misión confiada.

Sobre los materiales para la formación de catequistas

Nos encontramos con un amplio abanico de materiales publicados para la formación de los catequistas, libros, itinerarios, revistas... Varias delegaciones de catequesis en España han publicado sus materiales en distintas editoriales, es difícil querer recoger aquí todo lo que hay, y además corriendo el peligro de dejarnos alguna. Invitamos a consultar en la web. , a preguntar en la delegación de catequesis de tu diócesis,...

10 Cf. DGC, nn. 244-245.

Desde el secretariado de la Subcomisión os ofrecemos la revista *Actualidad catequética* que siempre recoge artículos de estudio que pueden servir de instrumento para la formación de catequistas, también se han publicado algunos folletos, o las fichas para trabajar el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, «Para dar razón de nuestra fe».

Está en nuestro Plan de Acción 2016-2020 actualizar documentos como *El catequista y su formación* y esperamos, en un plazo de tiempo no muy largo, poder ofrecer este instrumento como herramienta que ayude a programar dicha formación.

Para terminar, qué mejor que darle la palabra a san Enrique de Ossó, patrono nacional de los catequistas y él, en su *Guía práctica para catequistas* nos dice:

Fundamental la formación teológica y doctrinal, porque “nadie puede dar lo que no tiene”. “Antes de enseñar, debemos estudiar, aprender bien y mucho”. “Instrucción sólida, ideas claras, exactas sobre lo esencial del dogma y moral, sobre el símbolo, los Sacramentos, etc.”. Se trata de una preparación para la que es necesario el espíritu de sabiduría que se adquiere sobre todo con oración. “Prepárese con esmero con estudio y oración”.

Junto con la formación doctrinal, Enrique de Ossó destaca tres actitudes que cree él son características del buen catequista, como fruto del Espíritu que trabaja en el interior.

- El catequista ha de ser un hombre de oración, que vive profundamente el don de piedad. Está llamado a ser maestro de oración de los niños, y esto solo es posible manteniendo una profunda relación con Dios.
- El catequista ha de ser un hombre lleno de dulzura y cordialidad. Humilde y manso como Jesús, tierno como una madre. «Debe comenzar por ganarse el corazón de los niños y hacerse amar de ellos».

Hay una larga enumeración de rasgos identificadores de la verdadera dulzura: "Llena de la memoria de Jesucristo, tan tierno con los niños...".

- El tercer rasgo identificador del catequista, apasionado por el Reino de Dios, es el celo o el amor apostólico. "Como la llama ardiente del fuego del amor divino: un deseo vehemente de dar a conocer a Dios, de formar o perfeccionar la imagen de Jesús en todas las almas para lograr su salvación, cueste lo que costare". "Este celo, como la caridad que lo anima, debe ser universal, si bien deben señalarse tres clases de personas". Enunciamos sin comentario las opciones preferentes de Enrique de Ossó: 1ª: Los niños inocentes. 2ª: Los pobres. 3ª Los niños que han nacido de padres sin fe, o que viven rodeados de escándalos»¹¹.

11 M^a DEL CARMEN MELCHOR STJ; extracto del artículo publicado en *Actualidad Catequética* 186, abril-junio 2000.

